

Intervención en la mesa: “La crisis de los discursos contemporáneos y la enseñanza del psicoanálisis”

Andrés M. Osswald

No puedo extenderme sobre el problema puntual de la enseñanza del psicoanálisis; sencillamente, lo desconozco. Sí puedo, con todo, referirme al asunto más amplio de la caída en desgracia de los discursos contemporáneos y su relación con la transmisión. Puntualmente, ¿qué significa que están en crisis? O más precisamente, ¿qué en ellos está en crisis?

El pensamiento contemporáneo ha criticado fuertemente la concepción, a mi entender mal llamada, «platónica» del saber. Lo que caracteriza al platonismo, expresado de la manera más aséptica y general posible, es la distinción entre un ámbito de sentido y un ámbito de expresión de ese sentido. Esta diferenciación se ha interpretado de múltiples maneras en la historia del pensamiento pero el denominador común parece ser concebir al sentido como dueño de una existencia ideal, inmutable y eterna y a la expresión como una manifestación material, múltiple y perenne de aquel. Esto significa que el sentido no es reductible a sus expresiones sino que siempre las excede. De aquí que una transmisión adecuada suponga eliminar las contingencias espacio-temporales de la transmisión; vale decir, reducir toda enunciación a su enunciado en nombre de la objetividad. Es evidente cuál es el riesgo de una concepción tal: nada garantiza que el sentido expresado no sea más que la universalización de un punto de vista particular. Y es este desenmascaramiento lo que conduce a la crisis y termina inexorablemente en el relativismo, pues, si no hay distinción entre el sentido y sus manifestaciones, entonces, toda expresión posee un sentido que está, por definición, en pie de igualdad con todas las demás. Con todo comparten aquel objetivismo y este subjetivismo relativista una nota común: de lo que se trata es de imponer una verdad única interpretada en términos de un discurso recto. Así las cosas: ¿cómo enseñar algo a alguien? ¿Cómo querer escuchar?

Según entiendo el problema está mal planteado desde el principio. Regresemos a Platón: hasta la lectura más distraída de *El Banquete* no puede más que rechazar enfáticamente lo que supone lo señalado arriba, a saber, que la enseñanza es únicamente la transmisión de un contenido doctrinario. En todo caso, lo que el filósofo, pues de eso se trata allí, puede aprender y enseñar no es una determinada doctrina sino más bien cierta relación con un deseo: con el deseo de saber. Todos conocemos la definición: filósofo no es quien sabe sino quien desea saber.

En otras palabras, lo que la crisis de los discursos pone en cuestión no es la enseñanza en sí misma sino la interpretación que concibe a la enseñanza sólo como la transmisión de un contenido.

Si, por el contrario, privilegiáramos en la enseñanza la instancia de enunciación y no al enunciado la situación sería muy diferente. En efecto, enseñar significará entonces transmitir un deseo (una cierta enunciación) y con ello una cierta relación con un objeto (un enunciado determinado). El enunciado ya no será expresión de un sentido que se expresa tanto mejor cuanto menos presente esté el enunciador sino que, en esencia, el enunciado es la expresión de la enunciación; esto es, lo que se transmite es en esencia una diferencia pero, a su vez, la diferencia no puede estar contenido por ningún enunciado. Esta verdad remite a un asunto tan elemental como fundante: por definición, todo lo que el lenguaje puede expresar es siempre de carácter general. Si se pretende por medio de una descripción, no importa cuán exhaustiva y precisa esta sea, alcanzar lo particular el fracaso siempre será mayúsculo. En el mejor de los casos la descripción

permitirá seleccionar a un individuo como el habitante singular de la intersección de los conjuntos que definen las propiedades que se predicán de él. Pero nunca estará de más insistir en que lo numéricamente uno no equivale a lo único y que la diferencia que estamos buscando no puede obtenerse recurriendo a la mediación del concepto. Dicho en otros términos, no son los ideales ni las marcas significantes (como dijimos, generales como todo lo propio del orden simbólico) tomadas del Otro los que hacen a un sujeto ser el que es sino su deseo. Esto es, lo que hace diferencia entre los hombres no son los enunciados sino los lugares de enunciación.

Y con todo, no es posible hablar de la diferencia sin recurrir a la mediación del concepto; no es posible decir sin decir algo; no hay deseo que no se exprese como demanda. Resulta claro, entonces, que no se trata de eliminar la dimensión de la expresión para apelar a un contacto místico con lo que se dice en la mediación. Lo dicho es el único testimonio del decir y por ello requiere el máximo cuidado y la mayor responsabilidad.

Lo que la enseñanza transmite es la relación con un contenido y el contenido mismo. Así, la enseñanza puede definirse como el acto de mostrar a otros posibilidades, esto es, ofrecer a otros unos objetos sobre los que hacer reposar su deseo. Si el psicoanálisis puede seguir trasmitiéndose no es, según entiendo, porque su teoría sea mejor o peor que ninguna otra sino porque el acto de deseárselo y de transmitirlo sigue vivo, porque en él sigue encontrándose un bien digno de regalarse.